

# VIVIR SIN CORAZÓN

José

*(pseudónimo)*

El hospital era un verdadero hervidero aquella mañana. Los de urgencias aseguraban que había ingresado un anciano... sin corazón. Tras pasar el primer momento de risa, y creer que se trataba de un broma de sus estresados compañeros, los cardiólogos del centro observaban con perplejidad el hueco en la fotografía.

Rápidamente fue subido a planta, donde le empezaron a hacer un montón de pruebas: resonancias magnéticas, tacs, incluso radiografías. Nada. El corazón no aparecía por ninguna parte. Su cuerpo, aunque débil, seguía con vida. La sangre todavía fluía por sus venas y arterias, sin llegar a comprender los médicos cómo. Era todo un misterio y tenían que darlo a conocer a la comunidad científica, a los medios de comunicación. Un caso único, y en su centro. Se sentían muy afortunados.

Pensaron que lo mejor para que aquel pobre ancianito no sufriera era dormirle, así que desde que ingresó en urgencias hacía tres días, permanecía sedado. Era tal la multitud de especialistas llegados de todo el mundo que querían verlo, que las puertas de su habitación permanecían abiertas día y noche, y aquello era un sin parar de médicos, enfermeras y demás curiosos.

Las reuniones se sucedían a lo largo de los días. Hacía ya una semana que había llegado, y seguía con vida, a base de suero. Pero del corazón, ni rastro. Cada uno expresaba su parecer: mientras que un sector optaba por abrirle y ver qué pasaba ahí dentro, otros pensaban que lo mejor sería continuar con las pruebas. Debía de haber alguien en el mundo que tuviera una explicación para tal fenómeno.

Aunque su cara había aparecido en la prensa, y no se hablaba de otra cosa, nadie se acercaba por allí para visitarle. Ningún conocido se presentó en la habitación. Sólo multitud de charlatanes, y chamanes venidos de todas partes, con una curación milagrosa para aquel pobre anciano.

Había pasado una semana, y su estado físico era ya muy débil. Ahora tocaba debatir qué hacer con él. Los cardiólogos pensaban que lo mejor sería conectarle a una máquina para ver qué sucedía en el momento del óbito; sin corazón que parara de latir, era difícil imaginar una muerte. En cambio, las enfermeras de urgencia, recordaban que cuando llegó en la ambulancia sólo pedía a gritos que quería ir a su casa. Tres largas horas duró el debate de dónde debía morir.

Al final, hartas ya de oír hablar de ciencia y estudios, las enfermeras convencieron a un joven cardiólogo para que firmara el alta. Le habían rebajado la dosis de somníferos y parecía que ya mascullaba alguna que otra palabra. Estaban convencidas de que lo mejor sería llevarlo a su casa. Más tarde se atenderían a las consecuencias, pero tendrían su conciencia en paz. Así, el

inexperto médico, tres enfermeras y el conductor de la ambulancia llevaron al decrepito viejecito hasta el portal donde lo habían recogido. Entraron con él en la pobre vivienda y se sentaron a esperar el último suspiro. El de la ambulancia, sin tiempo para demorarse más, conectó las sirenas y se alejó del lugar a toda prisa.

Con enorme sorpresa pudieron observar cómo se iba despertando de su letargo de siete días, hasta poder hablar perfectamente e incluso incorporarse en la camilla. Les miró, sonrió, y dijo:

-Por favor, ayudadme a ir hasta la cocina- les pidió educadamente mientras sus pies descalzos intentaban alcanzar el suelo.

-No se mueva señor, por favor- le advirtió el cardiólogo- está usted muy enfermo.

-Sí, ya lo sé- le contestó mientras se agarraba de su fuerte brazo, y le hacía gestos a una de las enfermeras para que ésta pusiera el suyo en el lado contrario-. Por eso es muy importante que vayamos a la cocina.

Sin poder hacer otra cosa, y temiendo que falleciera allí mismo, en el pasillo, se dirigieron todos hacia la cocina, guiados por los torpes pasos del anciano. Dio indicaciones para que le acercaran la silla, y tranquilamente tomó asiento.

-Tú, mozalbete- le increpó con gracia al cardiólogo- dame el corazón. Creo recordar que lo dejé en la fregadera.

-¿Cómo dice señor? ¿En la...?- y antes de que éste pudiera terminar la pregunta, pudo comprobar con un simple vistazo que allí estaba el cansado corazón del viejecito, dando saltos dentro de la fregadera a la vez que se afanaba en bombear una sangre que no se veía por ninguna parte.

Al ver la cara del joven, todas las enfermeras se arremolinaron a su alrededor. Querían ver ellas también ese valiente corazón, que con paciencia había esperado la llegada de su dueño. Miradas de asombro, exclamaciones de euforia, incluso algún que otro aplauso se les escapó.

-Por favor se lo pido. Que alguien me dé ya mi corazón- volvió a insistir el anciano.

-Pero señor, está lleno de tiritas. Déjame que se las quite. Lo meteremos en hielo y regresaremos al hospital. Allí se lo colocarán de nuevo- acertó a decir el joven, sin poder salir de su asombro.

-Tú hazme caso y dámelo- replicó con total aplomo.

Y así, sin más, cogió de entre las finas manos de aquel médico su viejo corazón, que parecía brincar más que nunca de alegría al verle. Sacó una tirita de la caja que había sobre la mesa de la cocina, se la puso sobre una herida abierta, y como la cosa más natural del mundo, se lo tragó.

Al cabo de unos segundos comenzó a recobrar vitalidad; su color mejoró, y hasta el brillo de sus ojos era otro. Tuvo que ayudar a las enfermeras a llevar hasta el sofá al pobre médico, que por falta de experiencia, sin duda, se había desmayado al ver cómo introducía su querido corazón en la boca.

Todas querían preguntarle cómo había hecho eso. Sin duda, ahí estaba ese corazón lleno de apósitos, en su sitio, donde debía estar. Una a una le pusieron la mano en el pecho, y comprobaron cómo había retornado a su hueco. Estaban muy, pero que muy contentas: aquel viejecito viviría, y ellas no serían finalmente sancionadas.

-Señor, no vuelva usted a hacer eso- le recriminó el cardiólogo.

-¿Hacer el qué? ¿Sacarme mi corazón?- contestó con ironía el viejecito.

-Sí, ha sido una auténtica tontería. ¡Ha estado usted a punto de morir!

-Pero qué tonterías dices, hijo mío. Yo no he estado a punto de morir. Al menos a propósito, claro. Habéis sido vosotros los que, sin querer, habéis estado a punto de matarme.

-Explíquese- le instó el malhumorado y asombrado médico.

-Aquella mañana, al levantarme, vi que Lupita, mi perra, no había venido a buscarme a la habitación, como era su costumbre. Así que vine hasta el salón a buscarla, y recordé que hacía una semana que había fallecido. Será cosa de viejos, pero cada vez más olvido las cosas, incluso las importantes. Y claro, sólo el recuerdo me dolió tanto como el día que la encontré aquí mismito, donde estamos ahora, muerta sobre la alfombra. Me encontraba tan mal, que pensé que lo mejor sería ponerme una tirita en el corazón. Lo saqué con mucho cuidado y lo dejé en la fregadera, para que no se cayera al suelo, y fui a buscar las tiritas. Al volver, oí gritos por la ventana. Salí a la calle y vi que una mujer se había caído, y no podía levantarse. En unos minutos se presentó la ambulancia

y pensó, al ver mi mal color, que ambos estábamos enfermos. Por más que peleé para que me trajeran de nuevo a casa, no hubo forma. Nadie me escuchó. Cuando me hicieron la primera prueba y vieron que no "llevaba" el corazón puesto, fue el principio de mi fin. Una prueba tras otra, sin dejarme ni hablar.

-Señor- intervino una de las enfermeras allí congregadas-. Entiéndalo, no es normal andar por ahí sin corazón como si tal cosa. Era nuestro deber..

-Sí, lo entiendo. No sufras. Ya estoy bien. Sólo intento explicarle a este jovencito cómo sucedió todo, y quiero hacerle entender que han estado a punto de matarme.

-Siga, por favor- le rogó otra de las enfermeras. Aquella era la cosa más emocionante que les había sucedido en la vida, y no querían tener más interrupciones en la explicación.

-Pues bien. Nadie se molestó en preguntarme por qué no tenía el corazón. Nadie. Si lo hubieran hecho, les hubiera dicho que aquí, en la fregadera, y santas pascuas. Todos felices. Pero no; tuvieron que someterme a ese montón de pruebas. Vino gente de todas partes del mundo a verme. Soy muy tímido, ¿saben ustedes? ¿Alguien me preguntó si quería recibir visitas? No, nadie. Me gustaría a mí haberles visto a ustedes en mi lugar, con este absurdo camisón sin cerrar por detrás, delante de toda aquella panda de desconocidos. Soy claustrofóbico. Se lo hubiera podido decir antes de que me metieran en aquel tubo para buscar un corazón que no estaba en absoluto perdido, pero no. Hablar con el paciente parecía ser una molestia demasiado grande. Prefirieron

consultar a los médicos de Houston. Yo ahí metidito, pensando en mi pobre corazón aquí solo, sufriendo una taquicardia en la fregadera del agobio de verme encerrado, sin que yo pudiera remediarlo. Pobre chiquitín mío- y se señalaba el pecho.

El personal sanitario allí reunido se miraba a la cara, y por primera vez caía en la cuenta de que nadie le había preguntado a ese pobre anciano nada. Era tal la obsesión por buscar el corazón, que se habían olvidado de la persona. Mientras tanto, él seguía narrando sus peripecias hospitalarias.

-Por no hablar del chamán que se os coló en la habitación en un cambio de turno, y me restregó todo tipo de hierbas por el cuerpo. Soy muy alérgico a ese tipo de plantas, ¿entienden? De ahí esa erupción que surgió "de la nada", pero que todo el mundo achacaba a mi falta de corazón. ¿De verdad os importaba tanto mi corazón? Sinceramente, no sé si daros las gracias o una patada en el... ejem. No quiero ser soez, hay señoritas delante.

Los buscas pitaban sin parar, pero nada era ya demasiado importante. Ahora le estaban escuchando. Si lo hubieran hecho desde el principio, todo habría sido mucho más fácil.

-Pero señor- insistía en preguntar el joven cardiólogo- dejando ya a un lado que sea capaz de sacarse el corazón y volvérselo a meter a su antojo, y olvidándonos de que ha sobrevivido una semana sin él- y continuó poniéndose

en pie para darle más énfasis a su exposición-, ¿cómo puede tener ese corazón tan estropeado, remendado a base de tiritas?

Y por fin, tras un montón de intentos frustrados del viejo por hacerles entender lo que en realidad era importante en esta vida, he ahí el kit de la cuestión. Alguien se había percatado de que lo importante no era tener o no corazón, sino cómo estaba.

-Se puede vivir sin corazón. Mucha gente vive sin él, y no mueren por ello. Les veo a diario en la televisión, en la calle, en el mercado: políticos, tenderos, banqueros... y ninguno ha fallecido, que yo tenga noticia, porque un día detectaron en un gran hospital que no tenían corazón. Lo que no se puede es vivir con un corazón maltrecho, con heridas sin cerrar. Eso es lo que nos mata. Aquel día no me había dado tiempo a colocarme la tiritita por Lupita, y era eso lo que me estaba matando. El recuerdo de su ausencia, y la idea de un futuro sin ella. Eso es lo que sucede cada vez que nos ocurre algo malo, cada vez que alguien querido se marcha para siempre. No podemos seguir adelante con ese dolor dentro. Hemos de sacárnoslo forzosamente, y sanar la herida. Cada persona tiene su propio método: hay gente que reza y se aferra a la religión, otra se desahoga constantemente con sus seres allegados. Yo prefiero actuar directamente sobre el corazón, y hacer una intervención de urgencia, antes de que la pena vaya a mayores y llegue a hacer una tontería.

Oyéndole hablar, sacarse el corazón para ponerle una tiritita, era algo de lo más normal del mundo. Por un momento el único cuerdo de esa habitación

parecía ser él, y los demás seres llegados de otro planeta que necesitaban una explicación para un hecho cotidiano.

-Si os habéis fijado, tenía cinco tiritas: una por mi padre, otra por mi madre, una tercera por mi mujer y una cuarta por Lupita. La quinta es la que le he colocado delante de vosotros, también por Lupita. A medida que nos hacemos viejos las cosas duelen el doble. No porque llueva sobre mojado llueve menos. Al contrario, diría yo, a ciertas edades los chubascos se convierten en chaparrones.

Con gran parsimonia se levantó, y con toda la dignidad que un camisón de hospital que dejaba entrever más de lo que querría le permitía, se acercó hasta el pasillo y les invitó con un suave gesto a que se marcharan.

-Ahora le dejamos tranquilo, señor- reaccionó rápidamente el joven, para tomar el mando de la situación-, pero esta misma tarde volveremos para ver cómo se encuentra. Además tendremos que redactar el parte, justificar el desplazamiento de la ambulancia, y un montón de trámites con los que no quiero aburrirle.

-Sí, será mejor que no me aburra, gracias- y con una espléndida sonrisa dio por zanjada la conversación con aquel inexperto médico. Se dirigió entonces a las enfermeras, y les dio las gracias de todo corazón. Él siempre hacía todo con mucho corazón, si le dejaban ponérselo, claro-. Ahora quiero sentarme tranquilamente, comerme un buen solomillo y fumarme un purito de los que tengo guardados para las ocasiones especiales. Muchas gracias por haber

conseguido que me trajeran a casa, a vivir, que no a morir como esperabais todos.

-¡Cómo es usted! No cambie nunca- contestó complacida una de ellas-. Para lo que quiera, ya sabe dónde estamos.

Una vez hubieron salido todos, cerro la puerta y suspiró profundamente. Sin poder apartar la vista de la manilla dorada, exclamó en alto: "José. Me llamo José".

Moraleja: nadie sabe lo que sucede en corazón ajeno, ni puede por tanto curar sus heridas. Pero todos podemos hacer algo por alguien que sufre: acompañarlo.